

No a Irlanda

XAVIER BATALLA

LA VANGUARDIA, 14.06.08

México se ha lamentado históricamente de estar lejos de Dios y demasiado cerca de Estados Unidos. Por el contrario, Irlanda, un país no menos supercatólico, solía decir, antes del milagro económico de la década de 1990, que estaba muy cerca de Dios y demasiado lejos de la Europa comunitaria. Pero los irlandeses han dicho no ahora al Tratado de Lisboa, un sucedáneo de la extinta Constitución comunitaria, por lo que han puesto otro palo en la rueda de la construcción europea, que, con sus ayudas generosas, obró el milagro de cambiar el país de arriba abajo.

La Unión Europea recuperó el pulso en la cumbre de hace un año en Bruselas. La obstinada canciller alemana, Angela Merkel, presidenta comunitaria en el primer semestre del 2007, logró entonces pasar la página de la crisis que desde hacía dos años, cuando franceses y holandeses dijeron no a la Constitución europea, atenazaba a los comunitarios. En Bruselas se abandonó la idea de elaborar una Constitución como texto único que derogara los tratados comunitarios vigentes. Y en su lugar se acordó convocar una conferencia intergubernamental que después redactó un tratado que modifica todos los tratados anteriores. Se evitó, pues, el precipicio. Pero los irlandeses, jaleados entusiastamente por los euroescépticos británicos, han vuelto a jugar con fuego un año después.

Irlanda ha cambiado profundamente gracias a la Unión Europea. No hace tanto, en la década de 1980, la economía irlandesa daba pie a una chanza. A la economía irlandesa se la conocía entonces como la

economía de la Guinness, es decir, de la cerveza tradicional de la isla. ¿Cómo funcionaba? Muy sencillo. Los irlandeses disfrutaban de un modesto Estado de bienestar que se financiaba con muy altos impuestos. Y entre las prestaciones sociales se contaba el seguro de desempleo en un país con un elevado índice de paro. A partir de aquí, la *economía de la Guinness* funcionaba de la siguiente manera, según la chanza: el desempleado cobraba el seguro y, a continuación, acudía a un pub, lo que, dados los altos impuestos, permitía al Estado recuperar el 90 por ciento del seguro de desempleo, y la rueda volvía funcionar. Tres decenios después, Irlanda es una de las economías más globalizadas.

Tanto ha mejorado la economía irlandesa, siempre dispuesta a cobrar religiosamente las ayudas comunitarias, que no faltan quienes opinan que será un factor clave para una hipotética reunificación irlandesa. Con el terrorismo, una Irlanda unida era imposible, pero la reunificación mediante el diálogo parece inevitable. La esperanza de una sola Irlanda se podrá materializar algún día gracias, como ha escrito el laborista británico Roy Hattersley, a la Unión Europea y al desarrollo económico. Bruselas ha cambiado la República de Irlanda y la bonanza económica atrae ahora hacia el sur a los condados del Ulster. Pero los nacionalistas del Sinn Fein, que están por la reunificación de la isla, han pedido el no en el referéndum.

Los irlandeses han dado una alegría a los euroescépticos británicos, que sólo quieren a Europa como un inmenso mercado libre. En 1960, Londres impulsó la EFTA, un organismo de libre comercio, para rivalizar con la Comunidad Económica Europea. Pero los británicos no tardaron en comprender que la competencia tenía más éxito y se tragaron el sapo, aunque una vez dentro no han renunciado a diluir la comunidad en un

club menos integrado políticamente. Y Tony Blair logró cambiar el escenario: la prueba es la ampliación por el este europeo, donde predominan los gobiernos atlantistas que hubieran preferido ingresar en Estados Unidos.

¿Qué pasará a partir de ahora? El no irlandés no es un golpe fatal al Tratado de Lisboa. Es un palo en la rueda comunitaria, por lo que es lógico que la respuesta inicial sea prudente. Diego López Garrido, secretario de Estado para la Unión Europea, explicó ayer, en el Centro Internacional de Prensa de Barcelona, la posición del Gobierno español: "Respeto a la decisión de Irlanda y determinación en continuar con el proceso de ratificación del tratado". Pero ¿habrá que volver a negociar con los irlandeses hasta que obtengan un traje a la medida? Europa debería decir no.

La Unión Europea se ha hecho paso a paso, negociando y renegociando. Y el método se ha demostrado bueno. Pero esta vez los dirigentes europeos harían un flaco favor a la Unión Europea si terminaran aceptando sin más las condiciones de quienes se han acostumbrado a recibir y no quieren renunciar a nada. El proceso de ratificación del tratado debe continuar hasta que lo hagan o no los ocho países que todavía faltan, entre ellos España. Y, al final del proceso, antes de que termine el año, los países que hayan dicho no quedarán emplazados a decir si quieren seguir los pasos del resto. Si Irlanda no está a gusto con las reglas del club, tiene el derecho sagrado de poder alejarse de la Unión Europea.